

LA CIUDAD HIPERBÓLICA

Guillermo Busutil

Deconstruir la ciudad. Vaciar sus significados. Globalizar su personalidad. Málaga es un ejemplo de este diseño del capitalismo de escenografías que ha ido abandonando el fortalecimiento del tejido de comunidad y la singularidad identitaria, en favor de la inmediata, insaciable y voraz rentabilidad del turismo como industria de experiencias del deseo. “Ven a un entorno distinto pero siéntete como en casa, consume rápido, consume mucho, fotografíate, compara con tu colección de ciudades que se maquillan igual, deja tu huella en las fachadas de museos o dónde te venga en gana, y corre la voz de los tesoros del nuevo paraíso”. Se espera overbooking. La inteligencia política ha llevado a cabo su plan progresivamente. Paga bien la publicidad informativa, pulsa eficazmente los resortes de la autoestima y estruja la antigua coartada de los fundamentos del respaldo social como son la creación de empleo y el progreso comparativo con referentes. Alicante, Barcelona. Nueva York. Mecanismos infalibles ante los que se asumen cualquier imposición y manipulación de la realidad, lo mismo que se aceptan cuando se afirman hacer en pro de nuestra seguridad. No hay mejores ingredientes de hechizo que estos tres: empleo, progreso y seguridad. A los que el capitalismo del turismo ha añadido otro, igual de eficaz para el ánimo social que casi siempre aspira a ser otro. El ser referencia mundial.

Alcanzar a convertirse en el destino número 1. ¿Quiénes no quieren formar parte orgullosa de la capital preferida de todos los nuevos movimientos económicos y el destino preferido de las fortunas? Los nómadas digitales, los millonarios del norte, los fondos de inversión, la metamorfosis tecnológica, y entre los desembarcos de íconos de la modernidad el catari que todo lo coloniza, repartiendo petrodólares con voluntades dispuestas a sacar tajada, desde el fútbol a la comida rápida y a la cultura del patrimonio, los nuevos oasis del capitalismo de neón. ¿Quiénes no desean mimetizarse entre ellos, sentirse teletrabajadores con yate, vistas de vértigo al mar, o ser invitados de élite al cóctel en la azotea de un rascacielos lujoso empotrado en la bahía? El dinero de clase todo lo compra, todo lo transforma. Es el abracadabra de una desenfrenada carrera que no cesa de deconstruir los ámbitos reales de la vida cotidiana -que pocos rentables se consideran, aunque mucha gente viaje en busca de esa personalidad diferencial, más serena, menos masificada y global-, la diversidad de geografías interiores como de las que escribe Ángel López en su libro *Derivas de ciudad*, recreando la felicidad del flaneur malagueño en su paseo por los pasillos de la ciudad, colapsados hoy de turistas y despersonalizados por las franquicias que han ido sustituyendo sus comercios locales, sus rincones de silencio o de observación –imposible hoy el deleite con un café de la fachada italianizante de la Catedral desde la plaza del Obispo, enmarañada de terrazas de turistas con crisis de mirada-. Un síndrome impropio del viajero solitario, decidido a mimetizarse, diferenciado del turista exhibicionista de su condición y

que en gran medida es el que abarrota la ciudad, turbada por su gentío, el ruido del alcohol descamisado, el pastiche de ofertas de cadenas y de fachadas violentadas por una publicidad desprovista del más mínimo valor estético, y armonía con su entorno. También los supermercados llenos de opulentas nalgas en braga brasileña, de atléticos torsos y orondas barrigas quemadas al rojo vivo. York, pan y mucha cerveza en largas colas, porque empleo genera poco. Al de cinco jotas, ese turismo por el que todas las grandes empresas compiten en Málaga por albergarlos como estrellas de incógnito se les ve poco. Quizás vivan sus vacaciones Vips dentro de sus hoteles o ejercen de vampiros en clandestinos clubs de madrugada y contraseña. El caso es que no se les ve haciendo cola para coger taburetes de terraza, donde si no vas a comer se niega la hospitalidad, o un trozo de plaza con derecho a probar la conversación de al lado. El vecino, su tapeo de conversación, la feliz peatonalización de lo cotidiano no cuenta en esta nueva cartografía urbana de experiencias.

¿Por qué ocurre esto en Málaga?

La ciudad portuaria quiso ser de verdad cosmopolita, y trabajó con ahínco un prometedor futuro que la hiciese atractiva, culta, más apetecible a los ojos de los que explotan yacimientos de negocios, hasta secar la veta. Una marca de la que enamorarse, y en ese sueño del que llegó a conquistar logros importantes, se embriagó de avidez y renació su tendencia a estrangular a la gallina de los huevos de oro como hizo con la construcción desarrollista de los años 70 a costa de la costa de su paisaje azul boscoso. La esencia del capital autóctono y de los intereses privados del sector privilegiado que, a pesar de errores, corrupciones, promesas fallidas, nunca hace acto de contracción y enseguida brinda Martini en mano con el colectivo de los amigos de siempre que sacan tajada de estos negocios rimbombantes con vitola de éxito y proyección mundial. Profesionales S.A. de sí mismos, unidos en la transversalidad de la política, de la empresa, de los susurradores de sueños hiperbólicos y de los expertos que fabrican el marketing de las infografías felices en las que sucede el maravilloso hechizo de sus ficciones. Parques, avenidas, plazas, parejas, ancianos, criaturas infantiles, ningún delincuente. Un cosmos a escala del deseo y de la felicidad colectiva unido por el arroyo de un cromático y polivalente entorno medioambiental, un urbanismo idealizado y una utopía de playmobil. Huxley y el soma, El show de Truman, la avidez del desenfrenado respaldo del Me gusta de Black Mirror. El estatus del futuro a un clic de millones que obvia, reverses climatológicos, obstáculos del terreno, segmento poblacional desplazado, el derecho de las voces argumentadas y solventes en su crítica. Los prestidigitadores de ilusionismos tienen ganada la partida. La infantilización del criterio de una sociedad poco educada en la materia, la escasa cultura del hábitat, la idiosincrasia de la indolencia y el antiguo adn de la fascinación se lo ponen fácil. La colectividad sucumbe si le seducen el conflicto interior de la autoestima. La conciencia de ciudad es más exigente, requiere preguntarse qué es hoy día la ciudad, pensar sus nuevos usos, debatir si más que crecer y colapsar lo razonable es decrecer. Atender y evaluar tendencias más acordes con la amenaza de la rebelión medioambiental y la funcionalidad vivencial de las metrópolis y las urbes en favor de la calidad de vida y de la pausa del crecimiento.

Reflexionar las preguntas no hace estómagos agradecidos, no despierta fantasías. No hace caja de doble contabilidad. La moral murió en el siglo XX. El goce inmediato es soñar delante de una tienda de golosinas. Igual que esas nuevas que empiezan a proliferar en el centro histórico de Málaga donde ya no hay cafés singulares ni tabernas de cubierta curtida. Han sido sustituidas por cadenas de un falso costumbrismo, y por ofertas referencias del destino del que provienen los extranjeros, decididos a vivir un éxtasis de liberación eruptada, prohibida en sus civilizadas capitales donde no existe la dejación del cumplimiento de la ley como sucede en Málaga. Aquí el turismo campa a sus anchas, sin tapujos de vergüenza. La ciudad es suya, sin esperanza de que surja un Wyatt Earp.

La clave de esta despersonalización de la ciudad y su reconvención en sucedáneos, en paisajes encapsulados en esferas de cristal -aunque aquí no nieva si le das la vuelta-, reside en la manera con la que esas sociedades económicas que rigen la ciudad llevan tiempo auspiciando, con las estrategias expuesta, una interesada crisis de la noción de lugar como una identidad que se presenta bajo la necesidad de ser liberada de la presión de la tradición, carpetovetónica y erróneamente inamovible para sus intereses, para permitir su readaptación al mercado de la metamorfosis económica. Esa que con un movimiento larvado y muchas otras veces en portada lleva a cabo la deforestación emocional de la memoria, en la que no se puede continuar siendo postal mediterránea ni ciudad de provincias de tamaño humano, ni paisaje cultural ni ecosistema de habitabilidad y desarrollo racional, inteligente, en favor de las enriquecedoras virtudes de un territorio imagen de transmodernidad y poderoso escaparate de ficciones.

El resultado es otra dimensión de la ciudad que fagocita las coordenadas de la plenitud de los sentidos- véase el rascacielos en el que se ofuscan el ayuntamiento y el puerto, su segundo empeño después del primero que ha sido subirse un 7% el sueldo por el esfuerzo de gobernarnos, al privatizar el carácter del suelo y vulnerar el corazón mediterráneo de la bahía de Málaga.-. En su imposición, basada en la sublimación de una economía y planeamiento privado, rechazada por una impopular sector de la sociedad, expropian la cultura de ciudad, sus entornos y sus usos, vaciándolos de todo significado, de espaldas a los ámbitos de las ciencias sociales como son la cohesión social, la convivencia, la gobernanza participativa, el desarrollo urbano sostenible y acorde a la protección del medio ambiente que caracteriza la esencia de un territorio y su coexistencia con la creación de nichos de ciudad innovadores, y la mejora de calidad de vida de los residentes y sus comunidades saludables. Principios que mantiene el Programa ONU-Habitat, y que sin embargo en su mayoría se devalúa y se formatea para crear una realidad transgénica de la que expulsan a los que ni siquiera pueden ser rehenes de este capitalismo de ficción que diseña, maneja y se enriquece con la gestación de la ciudad hiperbólica.

El siglo de las exigencias, miopía de comportamiento

Siglo XXI. La política del capitalismo urbano no entiende de crisis climática. Las exigencias medio ambientales les importan un carajo a la hipertrofia del turismo que representa aquella marabunta que ruge y todo lo devora a su paso. Sucede con Málaga, la imparables fagocitación de la vivienda de alquiler y de familia residencial por las viviendas turísticas, que se ha convertido en la nueva salida laboral, y de explotación pasiva del vecino de al lado, de arriba y de abajo, y en un mecanismo de exclusión del futuro de los jóvenes, avocados a comprarse una habitación en lugar de una vivienda, a la ya habitual gentrificación de los barrios, y también de la clase media de la ciudad, expulsados paulatinamente de sus entornos. Las consecuencias conllevan subida de precios, en la vivienda especialmente, deterioro de la calidad gastronómica, elevada contaminación acústica, comportamientos incívicos en los espacios públicos, celebración de un turismo low cost de despedida de soltería y de juergas de fin de semana. Aumento de la basura urbana, del deterioro de los espacios alejados, aunque tampoco mucho, del plató central del turismo cinematográfico.

La ciudad mercado de abastos y a la vez ciudad del mercadeo de los pelotazos privados y que sólo responde a un particular modelo de crecimiento, no cesa de extender sus tentáculos y su contaminación de geografías sentimentales y de resistencia. En lugar de debatir el decrecimiento urbano de la ciudad, de reforzar sus aciertos de peatonalización, la rehabilitación de entornos, el apoyo a su oferta cultural y entretejerla con sus creadores y crear puentes entre barrios, y convenir la necesidad de imaginar un hábitat que no sea una manifestación del poder si no de convivencia de espacios comunes y respuestas a las exigencias de oxigenar las ciudades. No hay mapeo para estas demandas, tampoco inversiones para urgentes proyectos aparentemente menos vistosos para los fondos financieros y sus beneficios, como la solución a la herida del río y su frontera de fronteras. Los gestores padecen miopía y en el afán de la privacidad del capital acometen empresas más gananciales. Se instalan grandes bloques de pisos y edificios de oficinas de gran altura que son insostenibles por el gran consumo energético. Las desigualdades se profundizan. Se copian modelos fallidos, igual que se hace con los sistemas educativos. Aparecen sectores de la ciudad que cuentan con todas las infraestructuras y servicios mientras que otros pierden servicios; se construyen emprendimientos inmobiliarios de primera categoría al lado de asentamientos en los que la población posee salarios mínimos o vive hacinada en una pobreza que en muchos casos conduce a la marginalidad. Se fomenta el destello de escaparates como la sede de Google, a cuyo costado se esconde una escalinata hedionda, pura costra de desamparo higiénico. Recuerdo un reportaje que hice sobre Los Asperones, el vergonzoso no-lugar de la periferia malagueña separado por una valla de la central del Metro de la ciudad y ante cuyo logotipo MM sus supervivientes me decían “Mucho Moderno para Málaga, Mucha Mierda para Los Asperones”.

La ciudad insostenible

Siglo XXI. Málaga pierde el gran negocio de la Expo de 2027 a la que aspiraba con el eslogan de la ciudad sostenible. Bastante cínico cuando el Ayuntamiento opta por otra colonia de rascacielos en un entorno colmatado de viviendas en lo

que fue periferia obrera de los 60 en lugar de acometer un Bosque Urbano que defiende un colectivo vecinal y muchos otros ciudadanos. Allí hubo bidones de Repsol, su desmantelamiento dio lugar al compromiso de Celia Villalobos de crear un parque y su sucesor municipal haciendo gala de su apellido donde pone el ojo sobre azul o verde pone una torre. Qué pena que el alcalde además de De la Torre, olvide que también se apellida Prados. ¿Explica este guiño humorístico que la primera decisión que toma es no afrontar ya la renaturalización del Guadalmedina que iba entre las primeras promesas de la campaña por la Expo? Está claro que su ideario es la sustitución de la naturaleza por un universo arquitectónico de cemento pétreo que convierte la ciudad en una neocolmena regida por fondos de inversión, reclamo a residentes de lujo y fomento de una realidad teatralizada, sin personalidad propia, cuyo destino es que esté continuamente a rebosar, a pesar de las insuficientes infraestructuras hídricas, de una solvente gestión del agua, de recursos de depuración de residuos y de viviendas para la población local con salarios escasos, como también lo son de los trabajadores de saldo del boom turístico y de los museos. Da igual la sequía, no importa el alza de las temperaturas, ni caso a la escasa calidad de las aguas marinas. La marca, hacer caja, apuntar alto, cada vez más alto, es lo que importa. Es lo que da dinero, prestigio, turismo, mucho turismo pero que no nos diga que nos garantiza futuro. Qué bello es el espejismo de lo bonita, ay, que está mi Málaga. Somos la envidia del mundo. Venirse, venirse, que al fondo hay sitio. Los barrios se desplazan, aunque vendamos la novedad Eureka de la ciudad de los 15 minutos, nos apretamos, nos apretamos. De aquí a la eternidad y un revolcón entre las olas.

Siglo XXI. Hemos dejado de habitar las palabras. Democracia. Convivencia. Diálogo. Compromiso. Identidad. Ciudad. A sus significados se les ha deshumanizado la cultura como prefijo, y la política los ha sustituido por la conveniencia del poder. Hemos visto de que impúdica manera en Extremadura se ha vaciado el valor de la palabra, y de las palabras dignidad y respeto en favor de la gobernabilidad. Hace un siglo que María Zambrano dijo que el hombre estaba siendo reducido, allanado en su condición a ser simple número, degradada su voz bajo la categoría de cantidad. Esta triste afirmación de la ilustre malagueña, poeta del pensamiento ilustrado, explica muy bien el monopolio de ciudad que existe en Málaga, donde escuchar no es una palabra municipal y en la que la palabra denuncia paga un alto peaje cuando es pública y se hace desde la independencia de aquellos pocos periodistas que, al igual que yo, somos hijos del maestro Kapuscinski y su defensa del periodismo crítico, comprometido, inoportuno y certero. Para palmeros ya tienen los políticos su propio corifeo.

Decálogo de ciudad

Una televisión local, gracias al talante y profesionalidad de su director, Roberto López, me permitió ser la voz disidente en el cuento popular de El Traje nuevo del emperador, de Hans Christian Andersen, que curiosamente vivió en Málaga,

y expresar frente al maquillaje del discurso de la ciudad sostenible lo que muchos ciudadanos defendemos como modelo.

Yo quiero una ciudad que sea capital del medio ambiente y del respeto a la cultura de su paisaje, que genere bienestar, especialmente a quienes la habitamos y trabajamos su progreso equilibrado.

Yo quiero una ciudad en la que reconocer y disfrutar la memoria de las emociones y NO un gran centro comercial de los fondos de inversión y los placeres clonados.

Yo quiero una ciudad con bosque urbano y un horizonte despejado. Una ciudad que se parezca más a Nantes que a Benidorm, a Málaga que a Doha y cuya revolución de futuro no sean los rascacielos sino su naturaleza sostenible.

Yo quiero una ciudad de turismo de calidad pero NO un turismo sin cultura cívica.

Yo quiero una ciudad de igualdad social y NO de expropiación del centro, de espacios de encuentro y coexistencia con los otros, de la que a nadie lo deporten a las periferias de la periferia.

Yo quiero una ciudad en la que No seamos figurantes para el turismo (tampoco para sus gobernantes) ni que a mis vecinos me los cambien por nómadas digitales, y turistas sin respeto comunitario.

Yo quiero una ciudad en la que pasear No sea un serio peligro para caminantes, y en la que el transporte sostenible tenga un respetable territorio de tránsito.

Yo quiero una ciudad vivencial y humana, No un parque temático artificial ni una Meca de Multinacionales de Negocios.

Yo quiero una ciudad de las ciudades de Baudrillard, de Le Corbusier, de Walter Benjamin, de Rodríguez Villasante, de Roberto Fernández, de Campos Venuti, de Manuel Castells, de Noam Chomsky, de Valérie Peugeot, de Richad Sennet, de Hernández Pezzi, de Jordi Borja y de muchos urbanistas y filósofos que piensan la ciudad como ecosistema de convivencia e innovación en su crecimiento y NO como objeto de lujo ni Monopoly de los siempre, que son los del ayer del pasado y del mañana de aquel ayer.

Yo quiero una ciudad con políticos que escuchen, sientan y dialoguen la ciudad con capacidad profesional, criterio, convencimiento y preparación a la altura del siglo XXI. No políticos con estrategias obsoletas, ni que nos tomen por tontos al antojo de sus fuegos artificiales.

Yo quiero una ciudad en la que prevalezcan el conocimiento cotidiano, la sorpresa inesperada, libertades probables, rupturas posibles, poéticas urbanas, naturalezas de la belleza.

Yo quiero una ciudad donde la modernidad no se alcance por medio de la barbarie que ya colapsa Málaga y amenaza su horizonte.

Yo NO quiero una ciudad futurista a merced de las dentelladas del cambio climático y la deflagración económica. Yo quiero una ciudad con futuro de vivir, y de seguir soñando utopías por trabajar.